

## XXVI DOMINGO ORDINARIO "A" 30 DE SEPTIEMBRE / 1 DE OCTUBRE DE 2017

Había una vez un hombre que llegó a conocer a Jesús y quiso ser bautizado. Toda la parroquia lo apoyó, y fue bautizado junto con varios otros en la Liturgia de la Vigilia Pascual. Las cosas parecían yendo muy bien con su nueva fe. La oración fluía fácilmente de sus labios y de su corazón. Nunca pasó frente a un mendigo sin hogar sin hablarle y darle limosna cuando podía, y que siempre estaba en una esquina en la calle. Participaba en la misa todos los fines de semana, cantaba en el coro y además participaba en un pequeño grupo de adultos compartiendo la fe.

Después de un tiempo las cosas comenzaron a cambiar. Lo que una vez lo hacía con alegría ahora lo sentía como una obligación. Cuando alguien le pedía que orara por una intención especial, él les decía: "¡Por supuesto!" Con entusiasmo, pero luego se olvidaba de hacerlo. Él comenzó a evitar al mendigo sin hogar en la esquina, y comenzó a tomar otra entrada para ir a su trabajo. Participó en la Misa de los domingos cada vez con menos frecuencia. También se retiró de las otras áreas y grupos de la vida parroquial en las que él se había involucrado. Todavía creía en Dios y sentía amor por Dios, pero esta parte de su vida ahora le parecía muy agobiante, era demasiado para él. Finalmente, la comunidad parroquial que había presenciado su bautismo y le había prometido de hacer todo lo posible para sostenerlo en su vida en Cristo, nunca lo volvieron a ver más.

Todos tenemos buenas intenciones. Como Ezequiel en la primera lectura de hoy, y Jesús en el Evangelio nos enseñan que nuestras intenciones por sí solas no son suficientes. Lo que cuenta son nuestras acciones fundamentadas en Dios, y que fluyen debido a nuestra relación con Él.

Jesús nos da un ejemplo revelador en la parábola de hoy sobre los dos hijos que el padre les pide que trabajen en su viña. El primer hijo le dice a su padre claramente que no lo hará, pero luego tiene un cambio de corazón y va y lo hace de todos modos. El segundo hijo, sin embargo, le dice a su padre que va a la viña, pero nunca lo hace.

A menudo hacemos cosas similares en nuestras propias vidas. Nosotros decimos que somos cristianos, pero ¿cómo lo sabemos? ¿Cómo los otros lo saben? Cada año en nuestro país, el mes de Octubre es dedicado a estudiar y abogar por la enseñanza del cuerpo de la Iglesia y en los temas de la vida humana y su dignidad: el aborto, la tecnología de células madre en los embriones, el matrimonio como una unión permanente entre un hombre y una mujer, la eutanasia, la promoción de acceso universal a la atención médica para todos,

salarios justos que puedan permitir a las personas de proveerse de alimentos, vivienda y ropa y otros beneficios básicos para ellos y sus familias, una política de inmigración justa y compasiva que permita la inmigración y la emigración, así como la responsabilidad legítima de una nación por su seguridad, la oposición al uso de la pena de muerte como medio de restitución por el crimen. Para ayudarnos en entender algunos de estos temas, en cada boletín del domingo se incluirá un folleto relacionado a un tema en particular y como la Iglesia lo enseña. ¿Pagamos el "de decir algo y no hacerlo" a la enseñanza de la Iglesia sobre estas y otras cuestiones de la vida? ¿pero cuando se trata de la abogar públicamente y de votar por candidatos para la legislatura pública o la oficina ejecutiva, escogen y eligen candidatos que se alinean con un particular partido político, y simultáneamente ignoran o enfáticamente rechazan la enseñanza de la Iglesia sobre aquellos que no lo hacen? ¿Cuán dispuesto está cada uno de nosotros de arriesgar al ridículo por el bien de Jesús? ¿Es mi discipulado y miembro de la Iglesia algo que practico aquí los fines de semana, pero lo dejo atrás cuando salgo por la puerta hacia afuera hasta la próxima vez que me aparezco aquí en la Iglesia? No pretendo que estas preguntas sean fáciles o confortables. Estas no lo son. Pero son las preguntas que Ezequiel y Jesús nos desafían para que las examinemos hoy.

Pero no somos perfectos. Todos somos culpables de hipocresía, al igual que el segundo hijo en la parábola del Evangelio de hoy. Como lo dijo un comentarista: "O tenemos que pretender que Jesús era tan egoísta como nosotros, o tenemos que reconocer que nos ordenó amar a los pobres y servir a los necesitados sin condiciones; o simplemente admitir que no queremos hacerlo."

¡Pero hay esperanza para nosotros! Podemos ser como el primer hijo y tener un cambio de corazón. Todos podemos ser tocados y cambiados por la gracia divina. ¡De eso se trata la conversión / la metanoia! Podemos elegir dar la espalda a nuestra voluntad y esforzarnos por hacer la voluntad de Dios, como lo declaramos cada vez que oramos "hágase su voluntad" en el "Padre Nuestro". Podemos elegir ser obedientes a Dios incluso después de haber dicho "no". Dios nunca nos cierra la puerta. Dios siempre nos invita a ser más de lo que somos ahora. Podemos cambiar. Podemos crecer. Podemos ambos, con la ayuda de Dios, hablar el habla y caminar la caminata.

Padre Jim Secora